



VULNERABILIDAD

por Carmen Zuloaga

Vulnerabilidad, Carmen Zuloaga, 2022

© Del texto: Carmen Zuloaga, 2022

© De las ilustraciones: Victoria Fernández, 2022

Petalurgia, 2022

Colección Fabularia

petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia



Edición, diseño y maquetación:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons de esta edición:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2022

VULNERABILIDAD



VULNERABILIDAD



TEXTO
Carmen Zuloaga

ILUSTRACIONES
Victoria Fernández



Colección Fabularia

I

Camino descalza por un suelo de láminas rojas. Tengo ocho años. Un pollo amarillo me persigue, cuando escucho los gritos que vienen del cuarto de mis padres. Al principio no logro discernir qué dice la voz, pero siento un vacío en el vientre al ver a mi papá, un gigante que casi roza el marco de la puerta. Él camina con sus ojos fijos en mí, su pómulo derecho tiembla. Tiene sus manos en la cintura, desabrocha su correa. Y de pronto mis piernas se paralizan cuando lo escucho decir: «¡Coño, Lucía!, ¡carajita de mierda! ¿Dónde está mi cortaúñas!?». Y debajo de aquella voz, se escucha el piar del pollo. Mi padre llega a donde me encuentro, eleva su pie en el aire y lo baja en mi costado. Caigo de rodillas. Me sostengo con las manos. Y veo al pollo dar vueltas a mi alrededor. Arqueo tres veces y mi padre dice: «¡No vayas a vomitar! ¡No te atrevas!» Y un líquido hediondo sale de mi boca. Mis manos ceden con el segundo golpe, esta vez no es el pie del gigante, es el cuero que cae en mis nalgas y el calor en mi trasero se junta con el ardor que deja el segundo y el tercer correazo. Me hago pequeña en sus manos todopoderosas. Él me aplasta, me culpa y me castiga. Tiñe de muerte mi cariño, porque el amor sin destrucción no existe. Y lágrimas ruedan por mis cachetes gordos. En mi casa, no solo se escuchan los gritos de mi padre, y el piar de un pollo, también yo grito.



II

Es mi cumpleaños número dieciséis. No hay luz afuera ni adentro. Aún estoy en una cierta duermevela. La oscuridad me abraza, cuando escucho la puerta arrastrarse y un filo de luz artificial se asoma junto al cuerpo de mi padre que me habla con cariño, que me dice: «Lucía, vamos que ya viene el sol». Cuando salgo, el fresco del alba me da en la cara. Aspiro ese aire mientras camino sobre cientos de guijarros que componen el suelo donde están los autos. Murciélagos sobrevuelan el cielo de un azul violeta profundo, dan vueltas alrededor de la mata de frutos dulces. Uno de los animales se alza en el cielo, da una vuelta y viene hacia mí, parece que va a estrellarse en mi cabeza, pero solo roza mi cabello. Me monto en la camioneta Toyota. Las carreteras de la ciudad tienen huecos, las acompañan montañas llenas de casas pequeñas con techos de zinc. Hogares al filo del abismo. La luz del sol se asoma trémula, avanza con delicadeza sobre el valle y yo dejo de ver hacia afuera, volteo a ver a mi padre, su cuerpo irradia calor. Llegamos al aeropuerto, el que queda en la cima de una montaña. Hay un basurero cerca, donde vive un centenar de zamuros. Sé que más de un piloto se ha estrellado contra ellos, pero intento no pensar en eso. Subo los peldaños, cubiertos por una lima negra, abro la puerta y huele a corcho y cuero, a gasolina y humedad. Mi padre da vuelta a la llave y el motor de la avioneta no enciende. «¡Coño de la madre!», grita. Baja y camina a la trompa del avión, con su mano izquierda toma una de las hélices y con fuerza la pone en movimiento. Trago saliva, pero no me muevo de la silla de cuero azul del copiloto. Despegamos, hay dos zamuros en el horizonte,

él toma el volante e inclina la avioneta. Avanzamos en un cielo sin nubes. La tierra cada vez más lejos parece una acuarela verde y marrón. La avioneta se encuentra a diez mil pies y mi padre me pide que tome el timón. Lo veo sonreír y colocar sus brazos detrás de la nuca, pasa unos minutos y vuelve a poner las manos sobre el volante, lo hala. La avioneta disminuye de velocidad y se suspende en el aire. Veo a mi padre, pero no grito. Incluso cuando sus pupilas se empequeñecen y comienzo a sudar. Empujo la palanca negra y la avioneta se vuelca hacia el cielo, solo se ve azul. Mi padre ríe mientras el avión da vueltas y yo rio con él. La posible destrucción se hace inminente, pero yo confío en él y en su capacidad para librarme de todo mal. Luego de unos segundos, en los que el avión hace piruetas, él hala y empuja, sube y baja el timón, hasta que el cielo y la tierra vuelven a su lugar. Rio cuando él pasa su mano por mi espalda y me dice: Ya estás lista para aprender. Solo necesitas una escopeta. Uno sabe con quien vuela, pero nunca quién nos espera en la tierra.



III

Con treinta y dos años, paseo con mi padre por el jardín, lo veo señalar, con su manos llena de tierra, lo que había de ser mi herencia. Me muestra unas hojas de albahaca, de menta, de perejil, unas venas verdes donde cuelga un fruto oscuro que crece y unos tallos marrones que se asoman en la tierra. Ese día hay algo distinto en él. No tiene la boca prensada ni los puños cerrados, no me muestra la correa de cuero. Lo observo mientras se agacha a tomar una hoja de menta, en su espalda veo la línea que divide sus dos nalgas, demasiado planas para que sus Levis azules y desgastados permanezcan en su lugar. Se levanta del suelo y se voltea, acerca a mi rostro una hierba, reconozco ese olor vigorizante y fresco, permanezco en silencio, lo sigo por el jardín, cuando unas gotas diminutas caen sobre nosotros. Sus ojos grises se llenan de lágrimas, sus arrugas se acentúan en las esquinas de sus párpados. Me sonrío con sus dientes amarillos y de raíces largas. Veo en su enorme panza una cicatriz que se asoma debajo de la franela blanca. Lo escucho cuando me dice que tiene cáncer. Cuando me explica que va a morir de un tumor en la cabeza. Y yo susurro que los dioses no mueren, mientras tomo su mano temblorosa y caliente entre la mía.



escritura



CARMEN ZULOAGA
(Caracas, 1984)

Se graduó de psicología en la Universidad Metropolitana en Caracas, Venezuela. Actualmente cursa el Máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid, España.

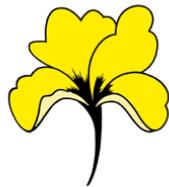
ilustración



VICTORIA FERNÁNDEZ
(Caracas, 1984)

Ilustradora y animadora 2D, radicada en Madrid, España. Trabaja de manera independiente para clientes alrededor del mundo, especializándose en el sector editorial y educativo. Formas simples y colores estridentes marcan su estilo, siempre bajo la premisa de *menos es más*.

www.victoriafernandez.me



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)